

# La Última Curva



**Art. 64 4 de mayo de 2026**

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

**“Su olor, aunque me cuesta recordarlo”**

Tenía diecinueve años cuando dejé de tener madre. Una parte de mí no lo entendió así de golpe. Lo fui entendiendo después, en los silencios, en los cumpleaños, en los momentos en que uno se levanta por la mañana y se da cuenta de que ese alguien ya no está.

Lo que sí recuerdo es que agonizó once días. Once días en los que el mundo siguió girando con una normalidad obscena. Coches pasando, semáforos cambiando de color, gente comprando el pan. Y nosotros ahí, esperando. Sin saber qué hacer con las manos.

Un conductor decidió tomarse una copita e ir más deprisa de lo permitido. Eso es todo. No hubo tormenta, ni fallo mecánico, ni tragedia inevitable. Hubo una decisión, una jodida decisión. Que nos partió en dos: los que estábamos antes, y los que tuvimos que aprender a ser después. Desencadenó un cúmulo de destrozos inimaginables, durante años.

Hoy, tantos años después, me cuesta recordar su olor. Y eso es lo que más me duele. No el siniestro, no el sistema que falló. Me duele que la memoria tiene sus propias traiciones, y que el olor de una madre es lo primero que se va. Antes que su voz, que imaginas. Antes que su cara, que tienes en fotos. El olor no se guarda en ningún sitio. Simplemente, un día, desaparece.

Escribo esto hoy, el Día de la Madre, para ella. Pero también para todas las madres que han perdido a un hijo en una carretera, en una calle o donde sea. Para los que hoy no tienen a quien llamar. Para las que este día no es una celebración sino una herida abierta que el calendario te recuerda, porque estas para los demás, y así tiene que seguir siendo, porque queremos que siga la vida, aunque sea con ausencias.

Hay un tipo de dolor que no aparece en las estadísticas. No tiene número de expediente ni sentencia firme. Es el dolor de los que se quedan. El de la madre que todavía pone un cubierto de más sin darse cuenta. El del hijo que, casi cuarenta años después, sigue sin recordar bien ese olor.

Seguimos hablando de siniestros, de cifras, de tasas de alcohol y de límites de velocidad. Y hay que seguir hablando de eso, claro. Pero detrás de cada número hay alguien que agonizó once días. Hay alguien que aprendió, demasiado pronto, que a veces el mundo se rompe sin avisar y sin pedir perdón.

No sé si esto que escribo sirve de consuelo a quien hoy también lleva un hueco. Probablemente no. El consuelo verdadero no lo da nadie. Pero quizás sirva para que alguien se sienta menos solo en ese hueco.

Feliz Día de la Madre a las que están. Y a las que ya no están, también. Porque sus hijos siguen aquí, intentando recordar su olor.

Si estos artículos te remueven algo, compártelos. Si te han tocado, que no se queden en eso. Las portadas se olvidan. Las víctimas, no deberían.